

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

MIÉRCOLES 30 DE OCTUBRE DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

LA INVASIÓN INGLESA

Mientras las comadres parlamentarias se entretienen en llenarse de lodo, los enemigos de España no pierden el tiempo en futezas y poco á poco van ganando terreno español, sin que nuestros gobernantes, entretenidos en no nada les pongan impedimento alguno. Muestra de ello es lo que dice «El Centinela del Estrecho», importante periódico de Algeciras y para que la opinión juzgue, reproducimos aquí las apreciaciones de nuestro colega:

«Si llegáis á Algeciras por mar, á bordo de un buque español, fuerza os será poner os á merced del bote de turno, dar sendos tumbos en la bahía y desembarcar en un triste muelle, construido allí como por misericordia. Si, al contrario, llegais de Gibraltar á bordo de uno de los vapores ingleses que, con bandera española, van y vienen entre Gibraltar y Algeciras, veréis como el buque atracá á un cómodo *wharf* inglés, y desembarcaréis sin molestia alguna. Una vez en Algeciras hay que ir al hotel. A la izquierda del desembarcadero, pasando por debajo de un ostentoso portal debido á los ingleses, y siguiendo un magnífico malecón de piedra de algunos centenares de metros, obra también de los ingleses, entraréis por un vasto parque á un hotel, medio *bungalow*, medio *cottage*, pero en todo caso construcción espaciosa, sólida, resistente, flanqueada de torreones, capaz de albergar mucha gente, y que se ve de lejos, y que está en la situación más dominante de Algeciras. Ese parque, ese hotel-alcázar, esas dependencias, esas verjas monumentales, esos pabellones contiguos provistos de gruesos muros, todo eso es inglés, puramente inglés.

Dentro del recinto del parque, á pocos metros de la orilla escarpada del mar, se alza un mástil en el que suele hizarse en ocasiones solemnes una bandera con esta inscripción: «Hotel Reina Cristina». Otra farsa. Este mástil presenta exactamente la disposición de un semáforo, y en los cables suspendidos del pico ondean á veces banderas de un código de señales. Es simplemente un semáforo inglés, destinado á comunicar con la plaza de Gibraltar.

Y parece inconcebible que la comandancia de marina de Algeciras permita semejante escándalo. Esto es contra toda ley, contra todo uso, contra toda lógica. La presencia de este mástil constituye un conato de traición, una maniobra de espionaje, que cae bajo la acción de los tribunales de guerra ó de marina.

Salgamos del hotel y penetremos en la villa. A pocos pasos del «*wharf*», á la margen derecha del río de la Miel, riachuelo que pasa por entre las calles del barrio S. de Algeciras, una casa se levanta, la más alta en Algeciras; los albañiles trabajan en ella animosamente; allí existirá muy en breve otro hotel inglés.

Si llegáis á Algeciras por tierra, á menos de venir por la carretera de Cádiz, Vejer y Tarifa, vía hoy relegada al tráfico local, no podréis menos de ser transportado «por el ferrocarril inglés» de Algeciras á Bobadilla. Atravesaréis, sin abandonar el tren, las calles de Algeciras y la locomotora os conducirá hasta el extremo del «*wharf*», al costado mismo del vapor de Gibraltar. Este tren que obstruye la vía pública, estos railes se extienden hasta la punta del embarcadero no tienen más razón de ser que la comodidad inglesa.

A la ciudad de nada sirve todo ello. Es un estorbo y una vergüenza. En

capitales marítimas tan importantes como Santander, Barcelona, Cádiz, en donde fuera de tanta utilidad para el público y para el comercio que los trenes combinasen con las líneas trasatlánticas, esta combinación no se ha realizado nunca. Ni siquiera se ha intentado. Pero en Algeciras, los ingleses son los amos. Ellos edifican en las zonas vedadas, ellos urbanizan, ellos se apoderan de las vías públicas, ellos hacen lo que se les antoja... y—á juzgar por la rapidez y desenfado con que proceden—sin las trabas con que tenemos que bregar nosotros los españoles al menor proyecto útil que se nos ocurra llevar á cabo.

Junto á Algeciras los ingleses disponen de campos para jugar al *golf*, de cotos para caza, de huertas para recrearse. Apenas alguien necesita en Algeciras vender una casa, los ingleses la adquieren y á buen precio. Pronto habrá en Algeciras más propietarios ingleses que españoles. Sin embargo, Algeciras es como Gibraltar, una plaza fuerte. Bien es verdad que esta condición no se halla justificada si no por una vistosa batería artillada con algunas piezas de las que se cargan por la boca; pero no importa; buena ó mala, Algeciras es una plaza de guerra, y como tal está sujeta á reglas especiales, ni más ni menos que la plaza de Gibraltar. Sin extermar como en Gibraltar se extremar—por ser allí la jurisdicción militar la única que rige—la dignidad, el honor, el honor, si todavía estos vocablos quieren significar algo en nuestra patria, debieran imponernos cierta línea de conducta. Entretanto, del propio modo que La Línea, el Campamento y Puente Mayorga son arrabales de Gibraltar, Algeciras se convierte paulatinamente en una dependencia del imperio británico.

Y mientras, el Parlamento entretenido en discusiones estériles para la patria, no hace nada ni piensa hacerlo, que es más sensible todavía.

UN CUARTO Á ESPADAS

A JACOBO M. MARÍN BALDO

Novedad es, amigo mío, para la gente aficionada á la lectura de periódicos, ver que en los de Murcia se escribe algo atañadero á cuestiones literarias, ya que las políticas y los versitos insustanciales los señorean por completo; y si á tamaña novedad se une el que estas cuestiones se traten por quienes como usted no ignoran de lo que escriben, antes al contrario, discurren con perfectísimo conocimiento de causa, la novedad es asombrosa.

Estamos ya tan aburridos de leer inacabables parrafadas de prosa vacía, muy semejante á ramillete de flores de trapo, que nos resulta á modo de mosca blanca el articulista que dice algo en sus escritos; por eso, porque usted dice algo, mucho en justicia, nos han sabido á miles á los aficionados á la literatura, y por ende, á emborronar cuartillas, las prosas que usted, con modestia loable, intitula «Cuatro palabritas de crítica literaria». Así, pues, como tal aficionado, echaré mi cuarto á espadas, según suele decirse, deseoso de exponer algunas dudillas que se me vienen ocurriendo.

En la primera de las crónicas que á su amigo Andrés escribe desde las Batuecas el *Pobrecito Hablador*, hace nuestro agudo Figaro esta pregunta: «¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?» A mi juicio, en nuestros días acaso no se le ocurriera á Larra preguntar lo que antecede, pues el daño no está ahora en leer poco, antes en leer mucho y no muy bueno. Lo sensible es que no se lean las inmejorables producciones de nuestros grandes prosistas. ¿Por qué? Es conveniente averiguarlo.

Dice usted, amigo mío, que «las escasas producciones de nuestros más afamados literatos, aunque su precio

está al alcance de las modestas fortunas, duermen el sueño de los justos en las primeras librerías de Madrid». El hecho es tan certísimo como sensible, mas ¿puede culparse por ello al público?

Tengo para mí que el precio de las producciones de los novelistas de fama, es origen del poco amor que este bello país de pan y toros y marimornas parlamentarias siente por las hijas del ingenio de los ingenios españoles. Generalmente, una «novela española», aun estando al alcance de fortunas modestísimas, como usted dice, se vende á tres pesetas, á cuatro y á cinco, y no todos los amantes de la literatura disponen con frecuencia de doce, dieciséis ó veinte reales de vellón, porque en lo de tener dinero, allá se van literatos, profesores de primera enseñanza y á las veces los amantes de las bellas letras, que son más bellas para muchos siendo de cambio.

¿Se deberá á la baratura de coste de sus libros el predicamento de que goza Galdós para la venta de los suyos? No lo afirmaré, pero acaso contribuya en mucho la razón antedicha, ya que las ediciones de los «Episodios Nacionales» se suceden con rapidez honrosa para los españoles, así como las de casi todas sus novelas restantes.

Achaca usted á la fogosa pintura de escenas un sí es ó no es inmorales, la aceptación de que gozan entre nuestros lectores los prosistas franceses dados al naturalismo, y sin desmentir semejante aserto, porque es incontrovertible la afirmación de que la juventud gusta y gustará siempre de los manjares sazonados con mostaza, diremos que la popularidad adquirida entre nosotros por los «intelectuales» transpirenaicos se debe y no en proporción escasa, á las ediciones económicas de sus libros publicadas por meritisimas bibliotecas populares.

¿Quién no compra á peseta volúmenes de Hugo, de Zola, de Balzac, de los Dumas, de los Goncourt, de Karr, de Gautier y tantos otros novelistas excelentes? El coto es tentador y muchísimos son los que lo muerden. ¿Se quiere un ejemplar de «Nuestra Señora de París»? Por la míserima cantidad de ocho reales satisface usted el capricho ó lo que fuera. En cambio, la encantadora «Pepita Jiménez» le cuesta doce reales. Y sin embargo, «Pepita Jiménez» alcanza su 18.ª edición. ¿A qué se debe esto? A poquísimos coste se adquieren todas las obras de Balzac: las de Pereda, por ejemplo, á dieciséis reales tomo, cuestan buen golpe de dinero. Palacio Valdés, que ya no escribe, está publicando una edición completa de sus obras y no son muy baratas que digamos.

Se lee lo que se sabe positivamente que es bueno, aunque no sea nuevo, y no se lee lo nuevo, aunque pueda ser bueno. ¿Por qué? Yo opino que por el coste de las obras. Acaso Larra modificaría hoy su pregunta famosa en estos ó parecidos términos: «¿En nuestro país no se lee á los escritores castellanos porque sus obras son caras ó sus obras son caras porque no se los lee? Yo me atengo á mi opinión; que no se los lee, por caros.

Ateniéndonos al mismo Valera, puede advertirse que mientras su «Pepita Jiménez» alcanza la décima octava edición, «Dafnis y Cloe», primeramente traducida por él á nuestro idioma, no ha pasado de la cuarta. Y «Dafnis» no es un modelo de moral, precisamente.

«Las Ingenuas», de Felipe Trigo que es una de las más hermosas novelas producidas por escritores castellanos de la edad presente, pasa casi inadvertida para los críticos y para el público. ¡Y cuidado que en ocasiones deleitaría á un amante de la sal y pimienta literarias!

Eduardo Zamacois no se queda muy atrás en lo de remover impurezas con la pluma, ataviándolas, eso sí, con hermoso ropaje, y sin embargo, no logra la popularidad que debiera, de ser cierto que el público español se apasionase únicamente de los *pitiles* literarios.

¿Y creará V. amigo mío, que la hermosísima novela de Blasco Ibáñez «Entre Naranjos», se granjeó el aprecio público sólo por las escenas que tanto horrorizaran á los Tartufos de la literatura?... ¿Y á qué seguir citando ejemplos? Hoy ya no puede decirse que la falta de lectores se fundamenta en la de prosistas. ¿Por qué no se lee hoy en

España? ¿Habremos perdido como las colonias el buen gusto?

Como no quiero que se me queden en el tintero algunas cosas que acerca de las prosas y los escritores castellanos se me ocurren, interrumpo hoy mi tarea y pongo aquí la firma, que para cansancio y fatiga del lector sobra con lo escrito.

Augusto Vivero

RAPIDA

D. Carlos sigue en sus trece, es decir, en que todavía no ha llegado la hora oportuna en que sus partidarios carguen el fusil y lo descarguen... aunque sea al aire. Yo creo que D. Carlos no cree llegada la hora, no por no creer oportuno el momento, sino por falta de morrales; morrales en el buen sentido de la palabra, pues si al otro significado fuéramos... tendríamos que callar por no herir susceptibilidades. Porque aquí en España todo el mundo se hiera apenas se le canta claro ó se habla sobre el particular. La hora no es oportuna. Claro, como que Urzáiz pronto hará que «grave» sobre el bolsillo del contribuyente unos presupuestos después de medio siglo de espera. Pero lo que yo creo y conmigo todo el mundo es que el Pretendiente, el R. ó D. Carlos, como ustedes quieren, ha encontrado en la persona de Wejler un competidor terrible, otro pretendiente, aunque este es más modesto y se conforma con nada más que dictador. ¡Cuánto pretendiente! En España por desgracia todos lo somos desde los que deseamos la regeneración hasta los que desean el trono. ¡Y vaya lo uno por lo otro!

Por la prensa de provincias

Satisfecho puedo estar nuestro querido compañero el director de «El Diario de Murcia» por la excelente acogida que su petición á favor de la rebaja de los impuestos que gravitan sobre la prensa de provincias, ha merecido por parte del insigne periodista y diputado D. José Ortega y Munilla.

La respuesta del ilustre compañero en que este promete ocuparse en aliviarlos de tantísima carga «con gran interés como diputado y periodista, para defender los intereses de la prensa provincial» es satisfactoria y segura garantía de que el escritor popularísimo ha de tomar con empeño la tarea de lograr lo de él solicitado.

Aunque el resultado era de preveer no por eso merecen menos elogios nuestro apreciable compañero Sr. Tornol, por su feliz iniciativa y el señor Ortega y Munilla por su ofrecimiento. Hoy telegrafiamos á dicho señor, agradeciendo en cuanto valesu valiosa ayuda y adhiriéndonos á lo propuesto por nuestro querido compañero, el director de «El Diario de Murcia».

EL GOBERNADOR

Merece calurosos elogios la conducta seguida por el Sr. Gobernador en la huelga de los panaderos y nosotros somos los primeros que aplaudimos su conducta.

Una huelga requiere ser tratada con miramiento por la autoridad que esté al frente de la provincia, pues lo que primero empieza por ser una protesta, concluye algunas veces, al menor deslizo de las autoridades, por degenerar en tumulto, por perturbarse el orden y ser cruelmente criticadas las autoridades por su falta de tacto.

Esta vez ni tumultos ni nada que pudiera menoscabar en lo más mínimo á las autoridades y á los individuos huelguistas. Todo ha sido llevado con prudencia y celo por las autoridades, las cuales eran responsables del mantenimiento del orden local.

Toda Murcia aplaude hoy al Sr. Moral por sus manejos en pró de los huelguistas y del mantenimiento del orden. Aplauso justo, pues no merece otra cosa quien como el Sr. Moral con celo inimitable ha solucionado una huelga en dos días que bien hubiera podido concluir en serio conflicto como las de Barcelona, Sevilla y Cádiz.

Muy bien Sr. Moral, nosotros somos los primeros en criticar un acto ritu-

parable, más también somos de los que cuando alguien merece un aplauso, se lo damos, de corazón, como se merece.

UN PAISANO

Según leemos en los periódicos llogados de Méjico, nuestro paisano el bajo D. Pedro Sanchez, está cosechando muchos aplausos en el teatro Orrin de Méjico, y los periódicos elogian calurosamente al Sr. Sanchez, pues en sus difíciles papeles logra salir airoso y escuchar muchas palmas.

En la obra en que ha sido más aplaudido, fué en «Las Campanas de Carrión», donde en el difícil papel de Gaspar, reveló ser un actor de gran valía y un cantante de primera fuerza.

Deseamos que el Sr. Sanchez siga cosechando tantos triunfos como hasta aquí y tengamos ocasión de oír su potente voz y admirar sus cualidades de actor en uno de nuestros teatros á su vuelta á España.

Nuestra palomita

Dos días llevamos de comer el pan duro y algunos más llevan los aspirantes á comensal en el banquete del día diez procurando hincarle el diente á alguna de las sabrosísimas brevas que caerán el susodicho día ¡pero están verdes! y todo son carreras de un lado á otro y no hay de que darlas. En vez de la espada, lo que hoy priva es la breva de Damocles-Poncio.

En un principio se creía que el reparto era de lo más sencillo. Unos que comen, otros que ayunan y en paz. Pero los partidarios del ayuno están en minoría y no se conforman, en lo en lo cual obran perfectamente, pues ya sabemos que por aquí el que no llora no mama, y aun el que llora... suele quedarse *in abbis*.

Así ha debido pensarlo Cascajua, porque diciendo: señores, aquí no talla nadie más que yo, pide por lo menos las tres cuartas partes de la totalidad de las capas pluviales y el Poncio, que es avisado de lo que Cascajua cree, no se allana á concederle más de la mitad, para repartir la otra entre los aspirantes mantillas, pimentoneros, recoberos, del gorro frigio y de la chapa.

Yo, me he tomado la molestia de ir visitando uno por uno á las personas influyentes de cada una de estas *troups* y de mi visita deduzco que por miedo á soltar algunos cuartos no irá nadie á la lucha, y que sólo se aspira á fuerza de alharacas á que el reparto de capas se verifique en el despacho del Poncio, en lo cual si no ganariamos nada, tampoco saldríamos perdiendo.

Los recoberos hacen alarde de fuerzas y se exhiben para quitarle al Poncio el deseo de que se arregle con unos bufuelos el asunto y se les dé compasivamente lo que juzguen merecer por justicia, y eso hace que aquél le niegue á Cascajua las gallinas que exige.

Los del gorro frigio han puesto en movimiento sus tropas y anoche concurrían en gran número á su cuartel general. Manifiestan propósito decidido de no entrar en componendas y vencer por sí mismos donde quieren, lo cual, dadas sus energías y decisión no se debe poner en duda.

La gentes del R., como ayer decíamos, tampoco se avienen á pasteos y no apechugan con la capa que se les concede por el Poncio. Mueñean las reuniones y están resueltos á lograr por fuerza lo que de buen grado no se les otorga.

Mi visita á casa del Mantilla me fué sumamente provechosa, aunque solo fuese para desentrañar el oculto significado de una frase no sé quién en una de las paredes ¡*Vae victis!* ¡Ay de los vencidos! La puerta cochera estaba de par en par y por allí se introducían, como de *ocultis*, algunos mendicantes en la casa. El portero sonreía maliciosamente al verlos pasar. Sin duda estaba en el secreto. ¡Siempre la lucha por el mendrugo!

Los pimentoneros, duermen el sueño de los justos y se abandonan en brazos del Poncio de cuya amabilidad esperan que no los deje en ayunas en el banquete y les regale aunque sólo sea con las migajas del festín. Como el Poncio es un gran tomador de pelo, no habrá tu tía. Y luego, tampoco. E. P. D.

